



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Cultura, tradición y modernidad en América Latina y el Caribe a fin de siglo

Autor: Magallón Anaya, Mario

Forma sugerida de citar: Magallón, M. (1994). Cultura, tradición y modernidad en América Latina y el Caribe a fin de siglo. *Cuadernos Americanos*, 5(47), 108-117.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 47, (septiembre-octubre de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CULTURA, TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE A FIN DE SIGLO

Por *Mario MAGALLÓN ANAYA*
CCYDEL, UNAM

a) Lo concreto y lo universal en la cultura latinoamericana y del Caribe

LA FILOSOFÍA ES, PARA NOSOTROS, un producto histórico-social que reflexiona y da cuenta de las principales estructuras teóricas y filosóficas existentes en el mundo en tal o cual momento de la realidad.

La cultura, al igual que la filosofía, expresa a una sociedad concreta, sus tradiciones, costumbres, hábitos, imaginarios sociales, concepciones del mundo, producción de la vida material, de lo simbólico, lo estético, lo religioso y lo moral en la historia. Historicidad que en su organización discursiva cuestiona la concepción eurocéntrica y etnocéntrica al romper con los modelos impuestos y de importación, para revelar lo propio y vital de cada cultura. Entendemos que la historia y la cultura son parte de la realidad e historicidad humana, visión que, según Leopoldo Zea,¹ hace posible descubrir la propia identidad que especifica y diferencia a las culturas y a las filosofías. Esto requiere estudiar la cultura en su concreción y los aspectos comunes y diferentes y, por el análisis, descubrir aquellos elementos que hacen patente su universalidad.

Desde esta perspectiva, lo universal se constituye por lo concreto y específico de los hombres concretos. Todo hombre, cualquier

¹ Cf. las distintas obras de Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano; América como conciencia; América en la conciencia de Europa; La cultura y el hombre de nuestros días; América en la historia; La filosofía americana como filosofía sin más; Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*. Se afirma que la mayoría de la obra filosófica de Zea está encaminada a mostrar la especificidad y diferencia de la cultura latinoamericana.

hombre, es igual a otro por ser diferente, y lo mismo sucede con los pueblos y culturas. Hay por lo tanto que partir de la aceptación de que todos tienen en común lo peculiar, el ser diversos, lo cual no es un obstáculo que impida la comprensión y solidaridad entre ellos y haga posible proyectar, sin autoenajenación de lo propio, tareas con objetivos comunes.

En este ámbito de reflexión, la historia amplía el horizonte de posibilidades de comprensión del fenómeno cultural y abre los espacios para la investigación de las formas de existencia de las sociedades, sus valores culturales, sus luchas y tanteos, cosmovisiones, modos de producción² y las relaciones de sus hombres a través de agrupaciones institucionalizadas o espontáneas, de las justificaciones intelectuales y míticas de estas relaciones con sus diversos grados de conciencia y de su sistematización, de los grupos que organizan a las comunidades subordinadas y de las relaciones que transmiten, reproducen sus culturas y los aspectos simbólicos de éstas. Esto lleva a confirmar que es en la historia donde se realiza toda la actividad humana y a partir de ella se pueden comprender los productos y acciones de sus creadores.

A esta altura de los tiempos el arquetipo europeo ha sido cuestionado para convertirlo en uno más dentro de las diversidades culturales, no sólo mundiales, sino de la Europa misma. Porque esta última es un complejo de diversidades, en el que se entretrejen historias políticas, religiosas, económicas, sociales, culturales, de una manera conflictiva.³ Esto ha hecho decir a Edgar Morin:

Actualmente vivimos, en todos los dominios, la crisis de los conceptos cerrados y las explicaciones mecanicistas, lineales, estrictamente deterministas. Empezamos a comprender la insuficiencia de las concepciones reductoras que ahogan el todo en las partes que lo constituyen o abogan las partes en el todo que las engloba. Debemos considerar lo uno en lo múltiple y lo múltiple en lo uno. Sin que lo uno absorba lo múltiple ni lo múltiple absorba lo uno. Debemos concebir la asociación compleja, que no sólo está hecha de complementariedades, sino también de concurrencias y antagonismos y comprender que todo fenómeno en desarrollo requiere, para su comprensión, la asociación compleja del orden, el desorden y la organización... Europa es una noción

² Cf. Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 8-105.

³ Cf. Edgar Morin, *Pensar Europa. Las metamorfosis de Europa*, Barcelona, Gedisa, 1988, pp. 22-23.

geográfica... de semblantes múltiples.. Europa sólo tiene unidad en y por su multiplicidad.⁴

En esta reflexión podemos observar que lo concreto y lo universal adquieren un significado diferente para llenarse de un contenido más amplio y abarcador de la diversidad cultural. Lo concreto es entendido como los elementos culturales constituyentes y específicos de una cultura, a través de la historia; lo universal como aquellos componentes culturales comunes a los hombres y culturas que conforman a la humanidad. En América Latina y el Caribe se hacen expresos estos factores en las diversas manifestaciones que conforman las sociedades y las expresiones de sus culturas, que llevan a la necesidad de estudiarlas desde distintas disciplinas y de abordarlas múltiple, trans e interdisciplinariamente, desde un marco histórico social que amplíe una mejor comprensión de esta región del mundo.

La reflexión filosófica sobre la cultura y su diversidad en Latinoamérica y el Caribe demanda el auxilio de otras disciplinas que enriquezcan los campos de la contribución teórico-filosófica, lo cual permite abordar con mayor amplitud el problema de la identidad local, nacional, regional y latinoamericana.

La consideración aquí de América Latina y el Caribe como dos entidades separadas, obedece a que en este último se agregan en su conformación otros dominios, como los del imperialismo inglés, francés y holandés. Empero, tanto la región continental como la caribeña, tienen en común la conciencia de su dependencia de los distintos centros de poder. En la América ibera la cultura es punto de partida para afianzar las identidades nacionales y latinoamericanas. Sin embargo, en la zona que va del Río Bravo a la Patagonia y algunos lugares del Caribe, la expansión y el dominio se impusieron de acuerdo a un proyecto económico de avasallamiento⁵ y explotación de la flora y la fauna, y en esta última se incluye a sus hombres sin ninguna consideración.

El problema de la identidad cultural latinoamericana y caribeña nos remite, de nueva cuenta, al de lo universal y lo concreto, en la medida en que fueron los "dadores de humanidad y de cultura" los que establecieron el modelo y universalizaron su cultura yuxtaponiéndola a los pueblos conquistados, para poner en crisis

⁴ *Ibid.*, pp. 23-24.

⁵ Cf. Fernand Braudel, *Las civilizaciones actuales. Estudio de la historia económica y social*, México, REI, 1991.

sus identidades y culturas. El tiempo hizo posible la fusión racial y el surgimiento de nuevas culturas, no sólo de lo español con el indígena y el africano, sino de la mezcla de otras diversidades raciales y culturales originando nuevos mestizajes. El mestizaje, característica de degeneración desde la concepción europea, se convierte en la representación de la barbarie. Conformación que en la historia de nuestra América hace "sin identidad" a los hombres y sus expresiones culturales frente a la dominante, por la razón que sus productos históricos, sociales, culturales y económicos difieren o son mala copia de aquella que les dio origen. Sin embargo, la síntesis racial y cultural y la toma de conciencia hacen posible descubrir las identidades propias que se especifican y convergen en un conjunto de valores comunes y diferentes para convertir a lo concreto y lo universal en el modo de ser de la humanidad, conformada por la diversidad plurirracial y cultural y aceptar la identidad y especificidad de cada cultura.

La diversidad de nuestras culturas latinoamericanas y caribeñas supone la presencia de elementos diferenciadores, de rasgos distintos y variedades etnoculturales, de especialización y modos de producción e imaginarios sociales, de aspectos simbólicos y de discursos; todos ellos determinan lo diverso y lo heterogéneo de las características fundamentales de las culturas; de la misma forma se localizan en ellas factores convergentes que, aunados a los códigos y componentes diferentes y comunes hacen posible la comunicación y plantean un sistema de mayor complejidad. Esto obliga a la reformulación de la cultura en términos capaces de englobar los diversos modos de producción de objetos culturales, sin introducir juicios valorativos ni establecer jerarquías discriminatorias entre la alta cultura y las culturas populares, culturas superiores y culturas "primitivas" o irracionales.

b) Cultura, tradición y modernidad en Latinoamérica

EL mundo actual ofrece más incertidumbres que certezas. En esta realidad plural se generan situaciones de angustia al no poder plantear pronósticos sobre el futuro. Se desvanecieron en el aire los grandes paradigmas o modelos. A una distancia de más de cuarenta años del despegue de la tercera era, la postindustrial o tecnocrónica, encontramos grandes avances científicos y tecnológicos en las ciencias sociales y en las humanidades que amplían los horizontes en el conocimiento tanto de la naturaleza como de las relaciones sociales.

Las crisis de los paradigmas⁶ de la sociedad y de la investigación científica nos colocan en la necesidad de realizar algunos ajustes. Las concepciones kuhnianas sobre el carácter acumulativo de la ciencia originan también alternativas metodológicas. No obstante esto, Kuhn,⁷ a distancia de cerca de treinta años, reconoce que el desarrollo científico, por lo menos, tiene una modalidad no acumulativa. Esto concuerda con la tesis de Bachelard,⁸ en el sentido de que el avance de la ciencia no necesariamente procede por la acción y relación acumulativa. Es decir, el cambio revolucionario de la ciencia es provocado por descubrimientos o invenciones de ciertas teorías, pero no necesariamente por acumulación y formación de un consenso en torno a una teoría científica. Empero, es necesario aclarar que los paradigmas de las ciencias sociales no tienen el mismo reconocimiento que los de las ciencias naturales ni mucho menos, pertenecen a una sola comunidad científica; no se aplican a campos específicos y únicos de la investigación social, pues también son usados por las organizaciones políticas. Los paradigmas en las ciencias sociales aluden por su estructura y conformación teórica a problemas sociales o humanos y, por consiguiente, no pueden utilizar las mismas metodologías y teorías científicas de las ciencias naturales, porque su objeto de estudio son las organizaciones y producciones sociales, y los hombres por su carácter tienen en su constitución formas no suficientemente estables en comparación con las de las ciencias naturales, pero no menos necesarias, aunque se den algunos problemas de imprecisión en la elaboración formal de sus conceptos y categorías, e inconsistencias en la explicación teórica conceptual de la realidad humana, social, cultural, económica y política.

Hoy, el proyecto neoliberal tiene bajo su control y servicio los métodos científicos experimentales, el uso de las ciencias y de los métodos correspondientes al análisis de sistemas; por otro

⁶ Cf. Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1976 (Col. *Breviarios*, 213); (para Kuhn un paradigma es un *modelo o patrón aceptado*, objeto de mayor articulación y especificación en condiciones nuevas y más rigurosas, p. 51.

⁷ Cf. Thomas S. Kuhn, *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*, Barcelona, Paidós, 1989, pp. 55 ss.

⁸ Cf. Gaston Bachelard, *El compromiso racionalista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972; *La filosofía del no. Ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

lado, cuenta con grandes pensadores y filósofos, dispone de métodos eficaces y muy sofisticados para el estudio de las formas y de las estructuras sociales; esto coloca a las sociedades atrasadas del mundo en una situación muy problemática. Estamos obligados, como estudiosos de las humanidades y de las ciencias sociales, a plantearnos interrogantes que propicien nuevas formas de investigar los problemas sociales y humanos, de realizar una nueva aventura del pensamiento que requiere creatividad e imaginación, para reiniciar el estudio del mundo en que vivimos, de la sociedad y de los nuevos ideales humanos y humanistas que han de surgir de ella y de las posibilidades prácticas reales para hacerlas efectivas.

En el ámbito de la vida cultural mundial, y latinoamericana en particular, las sociedades se ven enfrentadas a la globalización de la 'cultura' a través de los medios masivos de comunicación, cultura inmediatista y consumista, que no toca a profundidad lo eminentemente humano. Al hablar de cultura, en la amplitud del término, diremos que es aquello que cultiva en el terreno de la naturaleza lo que especifica a lo esencialmente humano. Es decir, la cultura es el resultado de la manipulación de la naturaleza.

El acomodo y la manipulación en las ineludibles relaciones del hombre con la naturaleza y los otros origina la cultura. La cultura como cultivo o manipulación del mundo natural, pero también como autocultivo, cultivo de sí mismo para actuar en relación con el mundo como naturaleza en relación con los otros.⁹

De la Grecia clásica a la modernidad el término cultura y su significado han variado. Viajan en el tiempo de lo aristocrático contemplativo griego al Renacimiento, que los concibe como la formación del hombre en su mundo, a la modernidad que materializa el principio anterior para vincularlo a la vida cotidiana y su secularización, para propiciar la actual idea de civilización.

Modernidad que en términos políticos encuentra sus fundamentos después de la segunda mitad del siglo XVIII, en la *Declaración de los Derechos Universales*, contenida en la Constitución de los Estados Unidos y sobre todo, con la gran divisa de la Revolución Francesa: 'Igualdad, Libertad, Fraternidad'. A este último principio se lo confina al campo de las bondades humanas, al terreno de lo privado, ante la imposibilidad de convertirlo en funda-

⁹ Leopoldo Zea, 'Naturaleza y cultura', *Cuadernos Americanos*, núm. 39 (1993), pp. 91-92.

mento de derecho y obligación ciudadana. En cambio, “libertad” e “igualdad” son el debate de los Estados y de los sujetos sociales en los últimos lustros. Se plantea la posibilidad de crear un nuevo orden multilateral. Sin embargo, aún hoy, esto no garantiza que se logren alcanzar.

Los postulados de esas dos revoluciones sociales se convierten ahora en demandas universales que requieren una atención urgente; ya no se puede eludir ni tampoco utilizar el recurso de la inocencia. Ya no es posible convertir las elaboraciones teórico-discursivas sobre la realidad social e histórica —que demandan soluciones urgentes— en simples planteamientos ideológicos o en utopías inalcanzables. En este sentido, tienen razón los posmodernos cuando señalan que la modernidad no ha aprendido a distinguir la diferencia entre “superación” y “aniquilamiento”.

Cabe aclarar que la modernidad, más allá de lo que se ha venido señalando por distintos intelectuales y políticos, no ha rendido todos sus frutos; por ello creo que no podemos abandonarla en el desván de las cosas viejas de la historia, sin antes hacer un balance de la vigencia de algunas de sus cualidades, que no son pocas, pero también de sus errores. El dilema de la modernidad no está resuelto y gran parte de los conflictos ideológicos se refieren a la lectura que las sociedades hacen de las ideas de la modernidad. En este sentido, Latinoamérica ha sido el terreno privilegiado para la experimentación de ideas importadas y campo de entrenamiento de las naciones exportadoras de modernidad.

Ello no quiere decir que debemos enclaustrarnos, porque las identidades latinoamericanas y sus relaciones entre sí y el mundo hace tiempo que están abiertas al diálogo y a la comunicación. Existe la conciencia de los riesgos que eso implica, pero también de que

ninguna cultura florece en la soledad y en el aislamiento, en el silencio; al contrario, cortadas de la vida de la comunicación y del intercambio las culturas se empobrecen y extinguen. El pasado no es renunciable; y por más asimetrías que se hayan originado, la única posibilidad de nuestras sociedades es la de reconocer que vivimos en un mundo que no se inicia con nosotros, pero que ha de incluirnos como interlocutores históricos. Para ello es fundamental emitir una voz audible y comprensible en el diálogo, una cultura viva y válida por la riqueza de sus diferencias y sus particularidades, precisamente aquella que se nutre en el reconocimiento y en la recreación de las tradiciones.¹⁰

¹⁰ Víctor Flores Olea, “Cultura, tradición y modernidad”, en Varios Autores, *Las Américas en el horizonte del cambio*, II, México, UNAM-CONACULTA-FCE, 1992, pp. 79-80.

El diálogo y la comunicación son un modo de enriquecer y arraigar nuestros valores culturales; ello implica la conciencia de lo que somos y lo que queremos ser, pero sin cancelar las tradiciones propias. Es la conciencia de nosotros y del mundo con los otros, producto de un proceso histórico que descubre la situación de dependencia y plantea la alternativa para su superación. Sólo esto es posible en diálogo consigo mismo y con los otros, porque un verdadero diálogo une a los hombres para cambiar y transformar su realidad, cualquiera que ésta sea. En este sentido, *diálogo e intercomunicación* son una exigencia humana que expresa al ser del hombre. Diálogo de *logos* múltiples que haga posible plantear un proyecto común con la humanidad y reconocer las diferencias, en el entendido de que "no hay diálogo verdadero si no existe en los sujetos un pensar verdadero. Pensar crítico que no aceptando la dicotomía mundo-hombres, reconoce entre ellos una inquebrantable solidaridad".¹¹ En este carácter solidario, comunicativo y dialógico, se debe buscar romper con las posiciones racistas, xenofóbicas y abrir espacios a una relación humana y con los otros como iguales. Lo anterior plantea la necesidad de superar la ideología de la opresión y lograr la unión a través de una acción cultural que establezca y especifique lo propio y lo ajeno, que capacite a sus productores para el reconocimiento de sí mismos como creadores de cultura, pero sin negar a los otros. La acción cultural debe entenderse como una forma sistematizada y deliberada, que incide sobre la estructura social en el sentido de mantenerla tal como está, si esto fuera posible, o de confirmarla en ella grandes y pequeños cambios o en su defecto, transformarla.

La cultura, las tradiciones y la modernidad en Latinoamérica se nos presentan como proceso de recreación e invención, porque éstos han sido los rasgos que caracterizaron, a veces no conscientemente, a los hombres de América Latina. De la política a la filosofía han buscado caminos en los que la democracia no esté reñida con la libertad, la justicia social y la igualdad. Principios de la modernidad que aún hoy no se han alcanzado en la mayoría de nuestros países, salvo en pequeños aspectos. Esto nos lleva a reconsiderar el pasado y sus tradiciones como elemento necesario de posibilidad de un futuro que los hombres con sus acciones enriquezcan y transformen.

La crisis de nuestro tiempo abarca al mundo entero, con sus sociedades y sus hombres; los valores que daban relativa seguridad

¹¹ Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI, 1976, p. 106.

sin equivocación ya no coinciden con las necesidades de nuestros días. Cambiar, rehacer, ajustar, trastocar, invertir o crear nuevos valores que coloquen por encima del interés económico lo humano, la vida, esto debe ser ahora una preocupación planetaria. Ya no es como hace cinco siglos, crisis de una sociedad concreta, la europea, sino de todas las sociedades de la tierra.¹² Las sociedades humanas y las relaciones de las gentes sufren una especie de terremoto social, político, económico, tecnológico; nunca en la historia del género humano algo parecido había sucedido: ya no se trata de cambios regionales, sino de orden mundial.

La crisis cuestiona lo válido y lo sustentable de la modernidad como fuente de progreso y desarrollo humano, más aún, los principios de la racionalidad que la justificaron. Nunca se esperó que a fines del siglo xx tendríamos un mundo con 6 000 millones de seres humanos ni el gran problema de la brecha entre países ricos y pobres: el abismo entre PNB per cápita de naciones ricas y pobres aumenta a un ritmo inusitado. En el presente, naciones con 15% de la población mundial, disfrutan de un PNB de más de 10 000 dólares per cápita, el cual supera cinco veces el promedio mundial y 55 veces el de 3 000 millones de personas, poco más de la mitad de la humanidad, cuyo PNB per cápita es menor de 500 dólares. Un síntoma evidente de este desequilibrio mundial desconocido puede observarse en la gran oleada de inmigrantes de los países pobres hacia los opulentos, y, lo más increíble, gracias al extraordinario triunfo de la ciencia y la tecnología, se da por primera vez en la historia la posibilidad de hacer inhabitable el planeta.

La crisis en la que estamos inmersos no es específica de esta o aquella economía, sistema político o ideológico, sino de carácter general. Así, se trata de una crisis de las antiguas y modernas religiones tradicionales de Occidente, de las ideologías que abrevaron del Siglo de la Ilustración, así como del liberalismo y el socialismo en sus diversas versiones.

Nuestro drama —cualquiera que sea nuestra participación— se representa en un teatro que nos es extraño, en un escenario que apenas podemos reconocer, y el curso de cambios escenográficos impredecibles, inesperados, que no comprendemos cabalmente.¹³

¹² Cf. Leopoldo Zea, *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*, México, UNAM, 1981, p. 179.

¹³ Eric J. Hobsbawn, "Crisis de la ideología, la cultura y la civilización", en Varios Autores, *La situación mundial y la democracia*, 1, México, UNAM-CONACULTA-FCE, 1992, p. 53.

La idea ilustrada del progreso parece conducir a la renuncia de darle un sentido a la historia, para limitar y reducir la visión histórica a la situación presente y su devenir inmediato. Es la concepción de Fukuyama y de los posmodernos, sobre el fin de la historia, que acepta como definitiva la situación presente, lo cual conduce a una pérdida del sentido de la historia. Esto es opuesto a la modernidad y su apuesta a la *razón*, sobre todo porque en ella no se acepta una historia como producto de la irracionalidad y del acaso, porque intentó encontrar un sentido y racionalizar las pasiones que mueven a la historia. El concepto de "progreso" quedó desintegrado;¹⁴ si existe, es meramente científico y disciplinario. Sin embargo a lo que no se puede renunciar es a la defensa de los derechos humanos.

Es necesario dar la vuelta a la modernidad y convertir algunos de los principios válidos no alcanzados en un recurso, pero no en objetivo único de la existencia, en relación creativa. Es preciso reformular nuestra visión de progreso. Aprender a ver de nuevo el mundo, a "leer" nuestras circunstancias con la conciencia de sabernos precedidos y acompañados por la herencia espiritual y artística que tiene Latinoamérica. Sin menoscabo de la *diversidad*, los latinoamericanos compartimos un origen común, choque de culturas y tradiciones con una modernidad, que sin ser originaria de nuestras tierras, arraiga ya entre nosotros, forma parte de nuestra identidad cultural y adquiere un valor propio. En la perspectiva de América Latina y el Caribe recuperar desde la modernidad las tradiciones no puede ser repetición de modelos pasados, porque no existen dos épocas históricas iguales, ni grupos humanos que empleen las mismas palabras y sintaxis para expresar exactamente lo mismo. En esto radica lo vital de la identidad de las diversidades culturales.

¹⁴ Cf. Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Madrid, Paidós, 1991, pp. 213-233.